

CAPITULO V

Maternidad y Crianza:

Reproduciendo y
Transformando su Historia

DE LA CRIANZA DE MIS HIJOS ME ENCARGO YO

Relato 5

Lo cierto es que a nosotros los papás nunca nos llegaron a contar cómo llegaban los niños; nos decían que los trae la cigüeña o que llegan por el ombligo. Por eso a los seis meses de embarazo yo estaba muy segura que mi hijo iba a llegar por el ombligo y todos los días me miraba; fue mi hermana la que me explicó que el niño no iba a salir por el ombligo, que me tenía que hacer baños de hierbas para que se me abrieran las caderas y que cuando fuera a nacer el niño no sufriera, pero no sabía si era así exactamente como ella me decía.

Yo no deseaba tener hijas mujeres; decía que ojalá mi Diosito me socorriera todos los hijos que fueran pero varones, porque yo no quería tener niñas para que no sufrieran tanto como me tocó sufrir a mí.

Como el primero fue niño, me sentí feliz; el segundo, fué niña y la tuve por ignorante y no saber cuidarme; cuando tuve el tercero, yo andaba bien con mi marido y me sentí muy contenta, pero en cambio

el cuarto fue una desgracia, pues teníamos muchos problemas, con la quinta ya dije que sería la voluntad de Dios.

Casi siempre que tuve a mis hijos me tocó sola. Ellos nacieron en la casa. Cuando iba a nacer la niña recuerdo que al empezarme los dolores me alisté, puse un plástico, una cobija y muchas cosas en una sábana, y como ya entendía algo de maternidad alisté unas tijeras, hilo, alcohol, la ropita, agua hervida para bañarme, aguadepanela caliente con hierbabuena, manzanilla, canela; todo eso para tomármelo después de que naciera. La tuve a las tres de la mañana y a las seis ya me levanté a hacer el desayuno, arreglé la pieza y me puse a lavar todo lo que había ensuciado esa noche. Cuando la gente del inquilinato me veía me preguntaba qué había hecho la barriga y yo les decía que estaba en la pieza y como no me creían bajaban a ver si era cierto. Después fui al médico y cuando le expliqué todo como había sucedido me regañó porque decía que era peligroso; pero a mí no me pasó nada, porque yo me había colocado en una posición para no ir a sangrar mucho y le había cortado bien el ombligo y como nació botando de una vez la fuente y la placenta, no tuve peligro, ni la niña tampoco. La bañé, la sequé y la abrigué bien, le di una agua de panela y lo mismo hice conmigo. Yo pienso que el todo es que no le suceda nada grave ni a uno ni al

bebé. Cuando nació el tercero yo había contratado una partera, pero solo llegó después de que ya había parido: como los dolores eran fuertes me acostaba y me levantaba, de pronto pegué un grito y el niño nació, entonces bajó una vecina y me metió una cebolla larga por la boca y salió la placenta; ahí llegó la partera y me atendió y ya quedé bien. Lo que más recuerdo del nacimiento de mis hijos es que el papá no estaba muy presente; él era muy distante, parecía que los hijos no fueran de él.

De la crianza de mis hijos me encargo yo; el papá siempre dice que ese es mi deber. El es más bien indiferente con ellos y soy yo la que responde por lo que hagan y por lo que les pase. El a veces es como egoísta con sus hijos pero más con las hijas mujeres porque a ellas no las deja salir, ni oír música, ni hacer sus cosas, en cambio a los hijos hombres sí; a veces los lleva a que lo acompañen.

Mis hijos me dicen que yo estoy más disponible para ellos que el papá, porque yo soy la que los atiende siempre que algo necesitan. Además, cuando él los manda o les dice algo, todo es a las malas, los obliga, los trata duro, les pega y solo les habla bien cuando está bravo conmigo o cuando hemos estado separados. Cuando yo salgo, ellos sienten miedo de quedarse con el papá porque es muy bravo.

Muchas veces me ha tocado hacer de papá y mamá; además cuando el papá se ha ido casi siempre se han quedado conmigo. Claro que cuando cometen alguna falta grave yo prefiero que el papá sea el que los castigue.

La forma en que me criaron y que yo crié a mis hijos es como del cielo a la tierra. Es que ahora estamos en un país libre y diferente, antes a uno lo cohibían mucho; en cambio, yo los dejo que escojan sus amistades, que aprendan a comportarse en todas partes y por lo menos los dejo salir y no les vivo pegando. Pero eso sí, cuando los toco, que se tengan de atrás porque cuando hacen algo bien grave así estén cansados les doy. En eso es similar como yo crié a mis hijos, en eso no hay diferencia, porque por ejemplo, si yo voy a mi casa y cometo un error, mi mamá me pega y yo tengo que dejarme pegar, aunque ya esté vieja. Nunca le alzo la mano, nunca le grito. Pero con mis hijos lo que si es diferente es que yo no les cohibo.

Me gustaría que mis hijos tuvieran una vida cimentada en la verdad; porque a uno todo le ha sucedido porque se levantó sobre mentiras, sobre muchas cosas falsas. Darles afecto sincero y que estudien. Que ellos mismos se forjen lo que quieren ser en el futuro; darles las oportunidades de que sean libres para escoger su vida.

Yo apoyo a mis hijos y ellos sienten mi autoridad; ahora soy muy afectuosa, antes era muy violenta. A veces cuando les pegaba después sentía temor y me arrepentía. Ahora unos dicen que soy demasiado cariñosa y que eso ayuda a que muchas veces no me hagan caso, porque les doy mucha confianza. Hay compañeritos de mis hijos que dicen: “tan rico que usted juega con los niños, que los deja ir a todas partes, que les da libertad”. También dicen que quisieran tener una mamá como yo porque la mamá les pega y los trata mal.

Si uno tiene hijos le toca enseñarles, no esclavizarlos, no hacerles todo ni tampoco obligarlos; la niñez de mis hijos no tiene que ser como la mía. Yo lucho porque ellos estudien, porque tengan un hogar; porque tengan el calor de mamá.

Los castigos no son tan necesarios, porque es mejor hablar y comunicarse, dialogarse; pero eso sí, que no me vengan con malas mañas porque ahí tienen su muenda. Hay días que prefiero que no me hablen ni yo hablarles, por ejemplo cuando no tengo ni un centavo o cuando llego muy cansada.

Eso del diálogo es muy bonito pero uno no ve los resultados; es más práctico a veces un castigo que los haga reaccionar rápido y les haga coger miedo para que no lo vuelvan a hacer; uno pierde mucho tiempo diciéndoles cosas para nada.

A mis hijos les prohíbo que se metan en problemas, que salgan tarde por la noche y que no avisen dónde están; a las niñas les prohíbo estar en la calle sobre todo porque corren muchos peligros. Pero lo que más les prohíbo son las malas amistades.

A mis hijos nunca les hablo sobre sexo, pero no quiero que les pase lo mismo que a mí, no quiero que sean tan ignorantes en eso; pero es que me parece que hablar de esas cosas es como grosero y hay algo que no me deja decidirme a hablar de eso. Por eso prefiero que los maestros les den información en la escuela, o que vean programas de televisión sobre esto.

A mí todo lo que tenga que ver con el sexo me preocupa y mucho más con las niñas porque, por ejemplo, siempre he creído que si las niñas se tocan por ahí después van a andar con malos pasos; en cambio, los niños, cuando se cogen su pipicito, uno les dice que se les va a caer o que no sean tan chivatos, que no empiecen tan pronto.

A mi hija mayor le alcahuetiaba que tuviera varios novios pero le prohibía la besuqueadera, porque lo que se hace arriba se siente abajo. Yo soñaba verla graduarse en la Universidad, verla de universitaria, pero se casó a los quince años y tuvo su primer bebé.

A mi hija menor solo la dejo ir a fiestas si va acompañada; en eso con los muchachos es distinto, es que ellos son más callados y como más

independientes; claro que los hijos también tienen que decirme a donde van porque ahora los peligros son para hombres y mujeres.

En la casa los oficios deben estar divididos según la edad, pero no deben dividirse según el sexo, porque un niño no deja de ser hombre por lavar la loza o arreglar su ropa. Pero yo creo que los oficios los debe hacer sobre todo la madre y en parte las hijas, pues hay que enseñarles, ir las educando; a mis hijos les pido que les ayuden a sus hermanas y hasta los he puesto a pelar papas.

Las actividades más propias de los niños son jugar y estudiar y las niñas lo mismo. Igual que con el trabajo de los hombres y las mujeres yo no creo que debe haber diferencias porque ahora vemos que hay doctores y hay doctoras. Pero eso sí, a las niñas les enseño más lo que es el oficio del hogar que a los niños, aunque a ellos les digo que deben aprender a cocinar y a organizar la casa.

Lo que más quiero es que mis hijos estudien, que no les vaya a pasar como a mí. Que tengan una casita, que tengan un hogar, que se defiendan por sí solos y que no sufran.

Yo hubiera querido que mis hijos estudiaran realmente con juicio, pero los mayores decidieron no estudiar más, el chino se puso a jornalear y la china se metió a tener su hija y a meterse con malas

compañías; los otros van como lentos en el estudio; quisiera que por lo menos uno pueda hacer algo mejor en la vida; yo tengo las esperanzas en el chino pequeño. Pienso que la vida me ha enseñado más que los hijos pues a veces los hijos le dan a uno más dolores de cabeza. Yo pienso mucho en el futuro de mis hijos pero sé que a cada uno le toca hacerse su vida.

AUNQUE LOS CRIAMOS ENTRE
AMBOS, A MI ME TOCA ESTAR MAS
AL FRENTE DE LO QUE MIS HIJOS
HACEN

Relato 6

El nacimiento de mis hijos significó una alegría, fue muy lindo, aunque con cada parto tuve experiencias distintas. Por ejemplo, con la mayor, al saber que era niña sentí tristeza porque prefería que fuera niño, más que todo para darle gusto a él, porque yo como madre sí prefería una niña porque son más dóciles y le ayudan a uno en el oficio. Cuando nació el niño sentí gran alegría por tener el varoncito, creo que él nos trajo suerte porque desde ahí las cosas han ido como mejorando.

Tener los hijos es como un deber, uno se siente obligada pero al mismo tiempo quiere tenerlos. A pesar de las dificultades recuerdo con gusto el nacimiento de mis hijos y casi siempre he estado acompañada; a veces con mi mamá y otras veces con mi marido.

La niña mayor la tuve en el hospital y eso fueron puras carreras. El se fué a tomar y yo empecé con los dolores y malestares, entonces me fuí sola al hospital y ese día había un paro en los hospitales. Me entré con los dolores y me dijeron que no me recibían por el paro; les dije en medio de mi dolor que me tenían que recibir "sea como sea" porque aquí lo voy a tener; en vista de eso dijeron, "pase a ver". El primer médico me trató como una bestia, como una marrana. Nació la niña y sentí que me arrancaban todo; le dije: "Seguro usted no tuvo madre, quién lo parió?". Yo no se si era una bestia o un hombre. Después ya me atendieron bien y mi marido era buscándome por todos los hospitales con su borrachera. Cuando me encontró me pidió perdón.

El segundo lo tuve en la casa porque no alcancé a irme y fue la alegría de mi esposo porque fue un varoncito. Para el tercero volví al hospital y esa vez me dijeron que tenía que hacer un curso de esos de preparación para el parto y me enseñaron con muñecos como bañar los bebés. Cuando mi esposo estaba en los nacimientos nunca alzaba ni tocaba al bebé; le daba como temor. Después ya más grandecitos a veces jugaba con ellos.

Aunque los criamos entre ambos a mí me toca estar más al frente de lo que mis hijos hacen; eso sí, el

hombre en la casa es fundamental, un hogar sin jefe es fatal porque hasta le paran menos bolas a la mamá. Mis hijos le tienen temor al papá.

Aunque a veces él se propasa en consentirlos y en cambio yo soy más zafada; ellos dicen que yo doy mucha cantaleta, que soy mandona. El nunca les ha pegado, en cambio yo sí porque a veces es necesario, sobre todo cuando pelean entre hermanos les doy palo o los separo a escobazos porque sólo así puedo hacer que los grandes no les peguen a los chiquitos. Hace poco le dí una mano al menor, porque se voló de la escuela y le tocó aguantarse los correazos. Uno de mis hijos se volvió vicioso y me tocaba darle duro pero no sirvió. Las niñas me han tenido más confianza a mí que al papá; ellas sienten pena con él. El papá no le da a las hijas tanta plata como a los varones, pues les dice que como son mujeres no necesitan.

Me siento muy contenta con mis hijos, los quiero demasiado, ganan su platica. Yo soy muy pegada a ellos. Con ellos estoy aprendiendo a ser otra; ellos me enseñan nuevas cosas; me dicen como vestirme, me alientan a estudiar, me cuentan de lo que aprenden. Hasta me defienden a veces de las bravatas del papá. Yo creo que ellos ya van haciendo una vida distinta a la que fue la vida mía.

LA MATERNIDAD Y LA CRIANZA: UN COMPLEJO UNIVERSO DE CONTRADICCIONES Y POTENCIALIDADES

“Hay algún día distinto a otro, bajo el cielo, para una madre?”
Pearl S. Buck

La construcción de la identidad femenina ha estado ligada de manera inevitable a la maternidad. Durante amplios períodos de nuestra historia, ser madre se ha considerado como la única posibilidad de ser mujer y en consecuencia la maternidad ha sido señalada como el rol femenino por excelencia. Las posibilidades ofrecidas históricamente a la mujer para formular proyectos personales de vida diferentes a la función materna han sido restringidas, en cuanto ésta se ha constituido en el modelo ideal del ser mujer.

En este capítulo se busca cuestionar las explicaciones que naturalizan la maternidad y conferir nuevas posibilidades a la comprensión de la mujer, de su ser, de su historia, de su potencial. Las experiencias vividas por mujeres de sectores populares ante el nacimiento de sus hijos e hijas y sus actitudes ante el rol materno se contrastan con sus experiencias de infancia, identificando las contradicciones presentes en ese movimiento que hace interactuar el sentimiento y la razón, las experiencias pasadas, las posibilidades del presente, los deseos y aspiraciones para el futuro.

Maternidad, crianza e identidad femenina

“Hay, desde luego, muchas maneras de ser madre: La madre ansiosa, la madre sobreprotectora, la madre atragantadora, la madre abandonadora; pero hay también la madre solidaria con los anhelos del hijo”

Estanislao Zuleta

En el desempeño de los roles maternos están presentes tanto los valores y significados conferidos al ser madre en el curso de la historia de la humanidad, como la necesidad, la conciencia y las posibilidades generadas en las historias particulares de cada mujer para asumir su realidad y definir sus expectativas hacia el futuro.

La cultura ha interiorizado la maternidad como uno de los aspectos constitutivos de la identidad femenina. El lenguaje cotidiano relaciona de manera inmediata las palabras mujer y madre. Desde los primeros años la niña se piensa a sí misma y es pensada por los demás en referencia a su potencial reproductivo: en sus juegos, sus gestos, las percepciones de su propio cuerpo, se va delineando la imagen de mujer-madre.

Las metas y aspiraciones de los padres y las madres para su progenie se trazan sobre la base de sus propias experiencias, las cuales están presentes desde antes del nacimiento hasta su conversión en adultos. En la construcción de la subjetividad confluye el devenir histórico de la familia, sus ancestros, tradiciones y sus proyectos de vida social, como se percibe en los relatos con los cuales se inicia este capítulo.

“La niña se identifica con su madre en el proyecto de quien querría ser, a la vez que la madre se identifica con la hija en el recuerdo de quien fue. Este vínculo de ser una en la otra le otorga al vínculo identificatorio una cualidad de entrecruzamiento en el cual interviene, así mismo, la propia madre de la madre, especialmente la madre que la madre tuvo cuando era adolescente.” (BURIN: En: GIBERTI y FERNANDEZ: 1989, 225-226)

En la construcción de la identidad femenina, la maternidad y la crianza se consideran expectativas connaturales al ser mujer, delimitándolas como las funciones femeninas por excelencia. Traer hijos al mundo y cuidar de ellos son interiorizados como ejes del ciclo vital de cada mujer y constituyen los hechos más significativos, al reconstruir su historia personal. Los relatos demuestran sistemáticamente el impacto de la maternidad en la mujer. Expresiones como

“mi vida no es la misma desde que nació mi primer hijo” o “todo ha sido distinto desde que mis hijos cogieron su camino”

son manifestaciones evidentes del papel preponderante de la maternidad en el ciclo vital femenino.

“La ideología patriarcal posiciona a las mujeres como sujetos dentro de las prácticas sociales de la maternidad y, por extensión, normativiza los deseos femeninos alrededor del deseo maternal.” (BURIN: ob cit: 1989, 215-216).

Las tendencias biológicas han pretendido explicar la preñez y el cuidado de los hijos como una unidad, presuponiendo que una y otra se implican mutuamente y sometiendo a múltiples manipulaciones el concepto de maternidad. Tales explicaciones se incorporan a la práctica social cotidiana y denotan como procesos lógicos e inamovibles lo que es construcción cul-

tural. A modo de ejemplo baste recordar las palabras del Ministro Británico de Servicios Sociales, Patrick Jenkin, en una entrevista sobre el tema de las madres trabajadoras concedida a la televisión en 1980:

“No creo que las madres tengan el mismo derecho que los padres. Si el Señor hubiese deseado que tuviéramos iguales derechos para ir al trabajo, no habría creado a hombres y mujeres. Estos son hechos biológicos, los hijos dependen de sus madres.” (LEWONTIN, y otros: 1987, 17).

Así, los valores, creencias y pautas introyectadas en el núcleo familiar primario asignan connotaciones particulares a la maternidad, en las cuales tanto el potencial reproductivo femenino como la función determinante de la madre en la educación de hijos e hijas, se explican como consecuencia lógica de la mal llamada naturaleza femenina.

“El concepto de maternidad remite tanto a un estado fisiológico momentáneo, el embarazo, como a una acción a largo plazo: la crianza y la educación. En última instancia, la función maternal estaría cumplida sólo en el momento en que la madre logra por fin que su hijo sea adulto.” (BADINTER: 1981, 12).

Mediante los símbolos se expresa la creación cultural y éstos confieren sentido humano a los fenómenos naturales y a los hechos biológicos. La maternidad, erigida históricamente como un símbolo, es ante todo un hecho social; de allí la importancia de estudiar sus procesos de construcción social¹.

La función materna se identifica como el principal y casi único destino de la mujer, como su condición natural, aunque la Historia la demuestre como producto cultural. Elizabeth Badinter (1981 y 1989), mediante exhaustivas investigaciones documentales, apoyándose en testimonios y datos de diversas épocas, demuestra la variabilidad histórica de la función materna, y con ella el carácter contingente del amor materno, que se modifica con la transformación de las condiciones materiales e ideológicas de cada organización social. Afirma la imposibilidad de formular un concepto único, universal y eterno sobre la maternidad.

“Subsisten grandes diferencias entre las actitudes de las madres que reaccionan de maneras distintas de acuerdo con su pertenencia social. Los recursos económicos, como también las ambiciones de las mujeres, condicionan ampliamente su conducta de madres. Las mujeres viven de modo diferente la llegada del niño a la familia: es para unas estorbo y necesidad, para otras necesidad u opción” (BADINTER: 1981, 188).

Los intensos cambios socioculturales, económicos y tecnológicos acaecidos en el presente siglo han contribuido en la formulación de interrogantes acerca

¹ En los últimos años se han incrementado los estudios sobre los discursos acerca de la maternidad y sus significaciones sociales, económica y políticas (TUBERT: 1991; SAU:1991)

de la validez de las concepciones biológicas acerca de la maternidad. En las últimas décadas el incremento de la participación de la mujer en las distintas instancias de la vida social ha abierto caminos para reconocer que las explicaciones dadas a la maternidad se inscriben en el orden cultural y para asumirla como una opción. Uno de los fenómenos que facilitan la desnaturalización de la función materna es el desarrollo de métodos anticonceptivos, los cuales permiten a la mujer conocer su propio cuerpo, separar la procreación del placer y actuar en consecuencia.

Cuando las mujeres con quienes se realizó este estudio se refieren a la maternidad, expresan sentimientos que hacen evidente el peso de concepciones biológicas en la asunción del ser mujer y el influjo de la cultura patriarcal en el mantenimiento y reproducción de las mismas.

Las opiniones expresadas por este grupo de mujeres sobre planificación familiar muestran el comienzo de nuevas actitudes y formas de pensar ante la maternidad, que van abriendo caminos para diferenciar el *ser mujer* del *ser madre* y reconocer las contradicciones que este proceso conlleva. Todas aceptan los métodos de planificación familiar; los consideran una conquista para la mujer, alcanzada en algunos casos aún en contra del esposo o compañero y asumen el riesgo de crear conflictos en la relación. En la actualidad no todas planifican y sólo una de ellas manifiesta haber planificado antes del nacimiento de su primer hijo. Una lectura de estas opiniones permite identificar el proceso de transformación de los valores acerca de la maternidad y las contradicciones que lleva consigo:

- “Planificar es bueno y necesario para evitar traer hijos al mundo a sufrir”
- “así se pueden tener relaciones sexuales con tranquilidad”
- “yo no tenía ni idea de planificar hasta después que tuve mi tercer hijo, pero me demoré en empezar a hacerlo y ahí completé los seis; ahora planifico a veces porque me da miedo volver a quedar embarazada. Creo que lo mejor sería hacerme operar pero mi marido no está de acuerdo, dice que después tener relaciones es como meterse entre un torno”
- “ahora ya la mujer puede decidir cuantos hijos puede tener y eso es conveniente y necesario tanto por la mujer como por el costo de la vida”
- “antes me daba miedo lo de la planificación porque me parecía que era como ir contra la voluntad de Dios, pero ahora que me han explicado tanto ya pienso que es mejor”.

La práctica generalizada de la planificación familiar advierte que en el momento actual se empiezan a controvertir los conceptos que consideran la procreación como fin único y exclusivo de la relación heterosexual y como medio de consolidación de la convivencia marital.

En este proceso de transformación, el ejercicio de la maternidad es contradictorio entre un pensamiento ancestral que la conduce a negarse a sí misma con el advenimiento de nuevos valores y conductas que invitan a las mujeres a decidir sobre su preñez, a incentivar la participación de otros miembros de la familia en el desempeño de los roles de crianza, y a demandar la creación de espacios sociales que faciliten esas labores.

Se abre así a la mujer la posibilidad de construir sus proyectos de vida, en un movimiento oscilante entre su *ser para sí* y su *ser para otros*, entre los roles aprendidos en su historia pasada, los roles que construye en su cotidianidad y los que espera para su progenie. Todo ello lleva consigo permanentes negociaciones orientadas a lograr acuerdos o convergencias entre los intereses personales de la madre y los de 'los otros', ubicando dentro de esos 'otros' a sus hijos, sus familias y la sociedad entera.

“Las negociaciones de la madre respecto de su rol dentro de la familia y sobre los conceptos de género sexual se desarrollan con las figuras autorizantes y consigo misma, con aquellos aspectos de su yo que coinciden con el código autorizado. Es decir que dichas negociaciones no se basan en discursos homogéneos en los que la madre toma partido por posiciones contestatarias, cuestionadoras o alternativas, sino que constituyen el producto de prácticas contradictorias o ambiguas, esencia de la feminidad convencional” (SCHMUCKLER: 1982, 166).

Por ello, la crianza de los hijos se desenvuelve en un movimiento permanente entre mantenimiento y cambio, que hace posible la vida, no como resultado necesario de un proceso ascendente y lineal, sino como consecuencia del enfrentamiento de contradicciones y de la gestación creativa de alternativas de solución a los conflictos constitutivos de la vida personal y social.

La función materna organiza la vida familiar y la crianza de los hijos permea los diversos planos de las relaciones sociales. Tener o no tener hijos condiciona la participación de la mujer en el mercado laboral, su interacción con los vecinos, su participación en las organizaciones públicas o privadas.

En este grupo de mujeres, las condiciones de pobreza, las carencias de servicios institucionales y la ausencia total o parcial del padre acompañan el nacimiento y la crianza de la niñez, confiriendo particular significado al desempeño de la función materna. En la reconstrucción de sus historias de vida, otorgan un significado preponderante a sus recuerdos y relatos de las experiencias relacionadas con el nacimiento de los hijos. La capacidad de engendrar se asume como uno de los signos principales de transformación de la niña en mujer, que convierte la posibilidad de *ser madre* en causa permanente de ansiedad.

Entre estas mujeres se identifican dos tendencias con relación a los valores sobre el rol materno: la primera, dominante y mayoritaria, conjuga la tragedia y la resignación, el destino y la sublimación de la maternidad; la segunda, minoritaria y apenas naciente, abre las puertas a una concepción que pasa de considerarla como proyecto único de vida a reconocerla como una opción posible.

Como se ha demostrado en capítulos anteriores, desde que se inicia el proceso de socialización es posible identificar valores y prácticas causantes de temor ante la maternidad, dentro de los cuales se destacan: la asociación de la menstruación al sufrimiento; las falsas creencias sobre el embarazo, como una enfermedad, el control que los padres y maestros ejercen sobre la sexualidad de las adolescentes, sus amistades y los espacios en que transitan, ante los riesgos de una posible preñez de sus hijas o alumnas; las sanciones sociales y morales a que son sometidas las madres solteras; las carencias de recursos materiales y económicos que garanticen una vida digna a los nuevos seres, y las frecuentes dudas sobre el sentido de traer nuevos hijos a un mundo en crisis.

Por la baja calidad de vida de los ‘grupos más pobres’ de la población y porque en el recuerdo priman las frustraciones y carencias sobre las satisfacciones, cuando las mujeres evocan sus embarazos y los nacimientos de los hijos, en más de la mitad de los relatos son dominantes las referencias al sufrimiento y con él a la resignación derivada de considerarlo como inevitable.

Las deterioradas condiciones habitacionales, las limitaciones en la cobertura de la atención institucional y las deficiencias en los servicios de atención médica son condiciones objetivas inductoras de dolor y sufrimiento ante la maternidad. El temor hacia la maternidad también se relaciona con las altas tasas de mortalidad femenina asociadas al embarazo, al parto o al puerperio, las cuales ocupan en la actualidad el quinto lugar entre las diez principales causas de muerte de mujeres en edad reproductiva. Tener hijos es también una grave limitación cuando se necesita alquilar vivienda y es una restricción de las posibilidades de la mujer para buscar empleo y mantenerse en él.

En las entrevistas realizadas, ninguna mujer se refirió explícitamente al dolor físico. Sin embargo, las palabras utilizadas en referencia a la gestación llevan consigo todo un significado que entraña sufrimiento: expresiones tales como “me enfermé”, “se alentó” o “cayó a cama”, para referirse al momento del alumbramiento, y el uso mismo del término “embarazo” como sinónimo del estado de preñez llevan consigo una connotación grande de molestia, dolor, ausencia de salud o complicación, que tiene hondas raíces afectivas y sociales.

Mediante las entrevistas, se pusieron de relieve otras ‘multiplicaciones del dolor’, constituidas por situaciones generadoras de angustia, de tristeza y de ansiedad, que dejaron hondas huellas en sus historias vitales. Las principales expresiones de las mismas están ligadas a las condiciones sociales y materiales de vida, a los saberes previos a la gestación, a la soledad, al maltrato y a los valores frente al sexo de los hijos.

En el relato se reviven la soledad y el abandono, los malos tratos en el hospital y en la atención médica, el desencanto y la frustración ante los embarazos sucesivos, y la muerte de uno o más hijos.

La ideología Judeo-cristiana es fuente de concepciones y creencias que relacionan la maternidad con el sufrimiento y asocian la procreación con la sanción y el dolor:

“... Y dijo Jehová Dios a la mujer: multiplicaré en gran manera los dolores de tus preñeces; con dolor darás a luz los hijos, y tu voluntad será sujeta a tu marido, y él se enseñoreará de ti.” (Génesis, cap. 3, vers. 17)

Al mismo tiempo, las imágenes subliminales de la Virgen-Madre hacen de la maternidad un camino abierto de expectativas, satisfacciones e ilusiones y favorecen la idealización de la función materna. Con la maternidad la mujer siente que contribuye en la prolongación de la vida, se reproduce a sí misma al continuar existiendo en otros y al constituir una nueva familia.

En tales condiciones, la tristeza y la alegría, el placer y el dolor, la vida y la muerte son sentimientos presentes ante la preñez potencial o real, el nacimiento de los hijos y el desempeño de los roles maternos, lo cual conlleva un permanente enfrentamiento de tensiones y satisfacciones, expectativas y conflictos.

Los valores ante el sexo de los hijos por nacer son otra fuente generadora de ansiedad, ante representaciones simbólicas que le conceden menor valor al nacimiento de una niña:

“Cuando nació la niña mi marido me pasaba poco dinero para la alimentación. En cambio, cuando nació el hijo varón comenzó a comprar leche siempre, diciendo que los niños necesitan mayor energía para el trabajo”.

“Tuve diez embarazos; seis hijos me nacieron vivos; con los hijos hombres nunca me pasó nada y de inmediato salía a trabajar, mientras que cuando nació la niña me dio la *picada del sol*² que me tuvo enferma durante un mes”.

² Expresión utilizada para referirse a un dolor intenso y persistente en la cadera, ocasionado por salir fuera del hogar después del parto.

La connotación de tristeza por el posible nacimiento de las hijas mujeres prevalente en los sectores populares va a estar presente en los sentimientos de subvaloración y escasa autoestima que afloran en su interacción con otros. Se ha demostrado que la pregunta “Es niño o niña?” (LEWONTIN, y otros:1987, 158), una de las primeras que se formula al momento de cada nacimiento, constituye el comienzo de las diferenciaciones culturales más importantes, pues el ser niña o niño influirá de modo determinante en sus expectativas y proyectos de vida.

“El modo de estar en el mundo de ese nuevo ser es sentido por éste en perfecta resonancia con los afectos de sus dos progenitores en el nacimiento, con la reacción emocional de éstos a la primera diferencia del infante, su sexo: masculino o femenino” (DOLTO: 1982, 40)

Estas situaciones inciden en la autoestima de las niñas y en la reproducción posterior de actitudes pasivas e inseguras si no se logra tomar distancia crítica frente a ellas.

Identificar que la pertenencia a un sexo tiene un significado individual y social permite comprender que la relación maternidad-tragedia-resignación, no depende de la voluntad o el deseo de la mujer-madre, en cuanto tiene su origen en la organización social misma, en su ideología, en su cultura y se extiende sobre la prole, como proyección de las experiencias de cada mujer con su género. La resignación es consecuencia lógica de la imposibilidad de control voluntario de muchas de las situaciones asociadas al dolor, las cuales son interpretadas por las mujeres y por la sociedad misma como un destino sublime, como el único o el principal proyecto de vida de la mujer.

Las distintas expresiones del dolor, presentes en la reconstrucción de sus historias, y los intensos conflictos en que se desarrolla la relación de pareja (descrita en el capítulo anterior) se acompañan de procesos de idealización de la función materna, en las cuales la imagen de la madre se asocia a un gran potencial redentor y transformador de la humanidad. Cerca de una tercera parte de las mujeres entrevistadas expresaron que el nacimiento de su primer hijo había sido el momento más importante de su vida y lo consideraban como su principal logro; para más de la mitad, sus expectativas frente al futuro están centradas en los proyectos vitales de su prole, como se observa en los relatos.

La reflexión sobre su pasado y su porvenir está referida de manera predominante a su micromundo familiar, y dentro de él a sus hijas e hijos. En su devenir como mujeres, éstos han concentrado la mayor parte de su

tiempo, de sus afectos, de sus pensamientos y de sus acciones. Es lo que de modo consciente o inconsciente lleva a asumir la maternidad como un destino, y a convertirla en el único proyecto vital.

La ausencia de opciones o de apertura de posibilidades concretas de realización personal en otros campos diferentes al doméstico y las difíciles relaciones de pareja condicionan a la mujer para asumir la maternidad como único destino.

El ser madre comporta al mismo tiempo amplias satisfacciones, que se acrecientan cuando se comparten con sus cónyuges o compañeros. Más de la mitad de las mujeres entrevistadas manifestaron que la mayor satisfacción de su vida han sido sus hijos, brindarles educación, bienestar material y afectivo.

Así mismo, aunque en menor proporción, los hijos están presentes en la reflexión sobre sus principales fracasos, cuando se refieren a los problemas de crianza, a la drogadicción de algunos de ellos y al no poderles dar gusto, como el principal motivo de frustración en su vida.

También al pensar su historia de vida hacia el futuro, la mayoría centró sus expectativas en el porvenir de sus hijos e hijas y en el deseo de que éstos no las abandonen.

La madre se ha preparado durante toda su vida para entregarse a sus hijos, para sacrificarse por su bienestar y tales sentimientos son reforzados por las expectativas de quienes la rodean. Ello trae como consecuencia que la mujer madre no debe ni puede reconocer el interés por sí misma como persona, sino aceptarse en relación con su rol.

“Ella garantiza la unidad familiar y el bien común, afirmando una moral según la cual siempre prevalece la necesidad o el deseo del otro”
(SCHMUCKLER: 1982, 164).

La maternidad como entrega incondicional es producto de la ética judeo-cristiana, en la cual el modelo de la Virgen-Madre orienta el quehacer cotidiano de la mujer. Ante las demandas de su progenie, la madre se convierte en una figura omnipotente, su función cotidiana en pro de los demás se sacraliza y se sublima. Simbiotizada con el grupo familiar, la mujer no construye un proyecto de vida para sí.

En un *Encuentro de Mujeres, Madres Comunitarias de la Zona de Ciudad Bolívar de Bogotá* realizado en 1988, se presentó un escrito titulado “Se necesita una madre”, cuyo contenido se transcribe a continuación como una muestra del significado personal, familiar y socio-cultural de la función materna. Cabe señalar la gran acogida que tuvo su lectura en el auditorio, claro indicativo de la fuerza social de los valores que legitiman y sustentan este concepto de maternidad:

“Se necesita una madre
que al tiempo de obtener este título
en ella se encuentre todo lo divino, lo hermoso,
sublime, profundo e incomparable
que encierran estas letras.
Se necesita una madre
que tenga el don de la felicidad
y así pueda hacer feliz a los que la rodean.
Se necesita una madre
con el amor, la comprensión, la ternura,
que un hijo espera del ser que le dio a luz.
Se necesita una madre
que sea capaz de entregarse totalmente a sus hijos
sin esperar de ellos recompensa alguna.
Se necesita una madre
capaz de compartir la felicidad,
la tristeza, la salud, la enfermedad,
y que cada vez que desmayen pueda levantar el ánimo
de los suyos y los que la necesiten.
Se necesita una madre
una madre que sea madre no solo para los suyos
sino para todo aquel que quizá no la tuvo
o que por cosas del destino la perdió.
Se necesita una madre
que en su rostro deje notar todo lo maravilloso
que encierra esta frase.
Se necesita una madre
consciente, pasiva, que con la ternura y sonrisa que inspira
al mismo tiempo tenga autoridad.
Se necesita una madre
una madre que pueda ser la mejor amiga de sus hijos
que sea franca y no tenga secretos para sus hijos
y así pueda ganarse la confianza de ellos.
Se necesita una madre
que con el diálogo se ponga de acuerdo en todo
con el padre de sus hijos y con ellos mismos.
Se necesita una madre sin problemas, sin misterios,
que sea capaz de difundir su vida ante los hijos
sin rodeos ni mentiras.
Se necesita una madre
capaz de aclarar toda clase de dudas hasta lo más mínimo
así los suyos se sentirán satisfechos.
Se necesita una madre
tierna, amable, compasiva, honrada, verdadera
aseada y fraternal.
Se necesita una madre
que tenga ese cúmulo de cualidades
si es así es realmente feliz
y hace felices a los que la rodean.
Una madre como esta es la que muchos buscamos y necesitamos
si la encontramos o la tenemos
ella será sin rodeos la reina del hogar
del dulce hogar.”

Creación Colectiva del Grupo de Madres Comunitarias del
Barrio Juan Pablo II Ciudad Bolívar, Bogotá. Agosto de 1988

Cada uno de los versos anteriores contiene un universo simbólico imperante en la asunción del rol materno: La mayoría de las expresiones niegan las necesidades e intereses individuales de la mujer, para asumirse como ser solamente en cuanto se debe a los demás; al mismo tiempo se identifica la posibilidad que la mujer tiene de reconocer su potencial proyectivo sobre otros. Allí están presentes, a un mismo tiempo, la negociación con el modelo materno socialmente establecido y las posibilidades de realización que se encuentran en la función materna.

“El concepto convencional de maternidad delimita un sujeto femenino altruísta, quien frente al dilema entre el “yo” y “el otro”, se guía por pautas morales que invalidan los deseos personales” (SCHMUCKLER: 1982)

Al formular explícitamente el deberse a otros como el modelo definido por la sociedad para la mujer, se crean condiciones para continuar reproduciendo relaciones de subordinación. Allí se plasma la imagen de la supermujer, quien debe además poseer todas las cualidades emocionales e intelectuales necesarias para sus hijos.

La segunda vertiente permite poner de relieve ante la función reproductiva el influjo que ejerce sobre las mujeres el experimentar la presencia de un hijo en su vientre, un ser que naciendo de ella es esencialmente diferente a ella; este hecho le permite comprender desde su propia vivencia y de un modo radicalmente distinto a los hombres, los procesos de interacción entre los seres humanos, la relación entre lo individual y lo social.

En el ejercicio cotidiano de la maternidad están presentes estas dos vertientes conjugándose de manera particular o prevaleciendo una sobre la otra, como se observará al estudiar detenidamente las prácticas socializadoras con sus propios hijos e hijas; allí pueden explicarse las contradicciones y ambivalencias de las mujeres ante la maternidad.

El reconocimiento de nuevas alternativas para que la mujer se piense a sí misma como tal y no solamente como madre, e identifique la interacción entre la esfera de lo doméstico y el mundo social, le van permitiendo un reencuentro con su potencial reproductivo que abre puertas para pensarlo no ya como un destino trágico ni como una misión sublime sino más bien como una posibilidad que puede ser asumida o no, en relación con su significado para construir proyectos vitales, en los cuales la definición de sus deseos e intereses encuentren un lugar específico. Estos confieren a la maternidad significados que permiten a la mujer nuevos encuentros consigo misma, con sus hijos e hijas y con su entorno natural y social.

Se abre así un camino que hace posible considerar la viabilidad del paso de la maternidad como proyecto único de vida a la maternidad como opción posible; el tiempo requerido para dar dicho paso, estará en relación directa

con los procesos que las mujeres construyan tanto en las esferas de su mundo familiar como en su entorno organizativo, y con las condiciones sociales que se creen para fortalecer y hacer posibles tales procesos.

La socialización de la prole: Mantenimiento y cambio

“Cuando la niña era pequeña yo le pegaba muy feo y la gente me decía que no le pegara así... Es una rabia que uno no sabe por qué... Una vez le mandé un cepillo y le rompí la cabeza; uno tiene mucha rabia porque así lo trataban a uno... Cuando le rompí la cabeza me angustié mucho, me provocaba como matarme, por eso dejé de pegarle.”

Leonor de 32 años, de Bogotá

Al analizar las prácticas socializadoras actuales de este grupo de mujeres de sectores populares, surge un interrogante: Qué se mantiene y qué se transforma en los procesos de socialización de una generación a otra?

En los relatos sobre esta etapa de la historia de vida se identifican cambios en las condiciones materiales de existencia unidos a la modificación de concepciones culturales sobre la niñez. Se pone de relieve la dinamicidad de los procesos socializadores, su presencia en el inconsciente y la fuerza de su honda huella sobre la cotidianidad. **Se aprecia el paso de una socialización para el sufrimiento a una socialización en la que confluyen los deseos de introducir nuevas actitudes, valores y criterios en la educación de hijos e hijas con la tendencia a repetir las prácticas vividas en su propia infancia.** Las historias tipo que inician este capítulo son ejemplo de ello.

Los conflictos en el proceso de socialización son más agudos entre los sectores populares porque la mayor parte de la población urbana de este estrato social está inmersa en drásticos procesos de aculturación producto de la migración del campo a la ciudad. Mientras forman a sus hijas e hijos, son sometidas a los procesos de resocialización que suponen su ingreso a una organización socio-económica y cultural extraña a su cotidianidad, lo cual implica encuentros y desencuentros entre las costumbres urbanas y rurales.

Cuando se analizan comparativamente las características de las familias de origen y las familias actuales de este grupo de mujeres, se observa que si bien continúa prevaleciendo la familia nuclear, se intensifica la presencia de familias con jefatura femenina; al mismo tiempo el tamaño familiar promedio decrece. Se alcanza a percibir cierta tendencia a un mayor número de hijos cuando las familias de origen eran numerosas.

Por otra parte, se observan cambios en las mentalidades de las mujeres de hoy respecto a la infancia. Como se afirmaba en el capítulo III, de manera consciente o inconsciente el objeto de la educación de padres y madres de

este grupo de mujeres consistía en hacer posible el rápido ingreso de las niñas al mundo de los adultos, destacándose la importancia concedida al trabajo infantil, la prohibición generalizada del juego y de otras actividades lúdicas, la represión de la sexualidad y el establecimiento de rígidos marcos normativos. Ahora, los cambios socio-económicos y culturales, en especial la inserción en la dinámica de la ciudad y el acceso a los medios de comunicación, constituyen factores que inciden directamente en la generación de nuevas concepciones valorativas sobre la niñez, sus derechos y sus posibilidades de desempeño en la vida social.

Los relatos permiten apreciar una tendencia a construir valores sobre la infancia radicalmente opuestos a los pre-existentes. Se traslada la calificación sobre la niñez del polo de la ‘maldad innata’ que hay que corregir a toda costa durante los primeros años de existencia, al polo de la ‘bondad connatural’ que lleva consigo el consecuente temor a procurarle normas. Los procesos de interacción con los infantes están sometidos a permanentes vaivenes valorativos en los que afloran contradicciones entre repetir con la prole sus vivencias de infancia afincadas en el autoritarismo, o impulsar criterios democráticos en la interacción con hijos e hijas, lo cual lleva implícito un reconocimiento de éstos como sujetos de derechos personales y sociales.

Las nuevas generaciones alcanzan una educación formal relativamente más alta si se comparan con las anteriores, por lo cual se crea una brecha entre los niveles educativos de socializadores y socializados. En el contexto de este estudio la mayor parte de los hijos termina su primaria y algunos logran finalizar el bachillerato e incluso realizar estudios superiores o acceder a otros niveles de capacitación. Ello implica para cada generación el manejo de diferentes categorías simbólicas y significaciones sobre el tiempo, el lenguaje y la cotidianidad misma, que intensifican los conflictos entre padres e hijos.

“En los nuevos ámbitos urbanos, la mayor educación de los hijos aunada a un mejor conocimiento de la lógica de la modernidad y de lo urbano aprendida en la ciudad misma incrementa el significado cultural de la brecha entre generaciones” (PARRA SANDOVAL: 1985, 60).

Al mismo tiempo, la educación constituye la principal esperanza frente a la prole. Algunos relatos privilegian el interés por la educación de los varones sobre la de las mujeres, quienes deben reemplazar a las madres en las labores domésticas cuando éstas ingresan al mercado laboral. Esta tendencia se modifica, hasta llegar incluso a invertirse, en algunas familias que optan por el ingreso temprano de sus hijos a la actividad laboral y buscan la permanencia de las hijas en la escuela.

La alta valoración por la educación formal introduce una diferencia sustancial con los procesos de socialización de las generaciones precedentes: de una socialización con los padres en el trabajo, se va pasando a una

socialización mediada por las guarderías, por programas comunitarios gestados sobre adecuaciones populares al modelo “jardín infantil” o por la presencia de instituciones educativas formales.

Desde otro ángulo, puede observarse el impacto ejercido por los medios masivos de comunicación sobre la socialización de las nuevas generaciones, especialmente por la televisión, los comics y las fotonovelas. En el estudio ya citado sobre el tiempo libre de los niños de los sectores populares de Bogotá (PUYANA:1991), ver televisión constituía la principal actividad recreativa de los menores de 7 a 12 años, con promedios de 5 a 6 horas los fines de semana y de 3 durante las jornadas escolares. La televisión genera un efecto dual en el niño: le mantiene informado y al mismo tiempo le crea múltiples valores y mitos que chocan con su cotidianidad. Le socializa para el consumo por medio de la publicidad, al generarle expectativas por acceder a mercancías imposibles de adquirir con sus escasos recursos económicos.

De otra parte, puede afirmarse que los problemas ligados a la búsqueda de alternativas de subsistencia disminuyen la calidad, cantidad e intensidad de la comunicación cotidiana. Las largas jornadas laborales inciden en que las relaciones cara a cara entre padres e hijos sean cada vez más distantes. La preocupación por los escasos ingresos propicia con frecuencia prácticas de maltrato, al hacer recaer sobre los hijos los sentimientos de angustia y desesperanza que de ella se derivan. En el estudio antes citado (ibid), se concluyó que el 90% de los padres trabajaban fuera del hogar en jornadas de 14 horas diarias, mientras el 48% de las madres también laboraban en zonas distantes a su familia con un promedio de 11 horas al día, si se suma el transporte a la jornada laboral. El oficio doméstico era asumido por sus hijas, o en su defecto por ellas mismas cuando regresaban al hogar.

En los hogares con jefatura femenina se concentran los más altos niveles de pobreza, frustraciones y dificultades, que impulsan a la constitución de nuevas uniones con la presencia de madrastras y padrastros.

Ante el ejercicio de la autoridad materna, se aprecia indecisión y afloran sentimientos de culpa que oscilan entre una educación agresiva asimilada en su infancia y la búsqueda de otras alternativas educativas gestadas en un ambiente que rechaza el maltrato y la violencia doméstica. La mayoría de las mujeres destacan en el discurso la importancia del diálogo y la comunicación, la necesidad de las caricias, el acercamiento interpersonal y la búsqueda de maneras diversas de hacer sentir el cariño y la solidaridad, pero en la práctica cotidiana ello no logra concretarse. Las dificultades para expresar afecto se explican si se tiene en cuenta que a este grupo de mujeres le resulta difícil recordar expresiones de ternura y reconoce en el castigo una expresión del afecto paterno.

De otra parte se aprecia en algunos casos una actitud sobreprotectora ligada a un criterio de propiedad sobre los hijos, expresada a través de afirmaciones lingüísticas como:

“Me perdió el año”... “se me enfermó”... “me salió inteligente”...

Es la madre quien en cumplimiento de sus funciones ha asumido de modo primordial la tarea comunicativa y afectiva; este hecho es prácticamente absoluto en los casos de madres solteras y de jefaturas femeninas de hogar, pues en la mayoría de éstos, el padre ha perdido el contacto con la prole.

En las familias en las cuales el padre está presente, se tiende a mantener una inserción del hombre en la dinámica de relaciones filiales inscrita en los cánones del patriarcalismo y, como tal, centrada en la función de proveedor económico principal, de autoridad máxima o única, donde dar órdenes y reclamar atenciones de parte de su cónyuge y de sus hijos e hijas son su principal garantía.

En el discurso y en el terreno del deseo, las mujeres, en su mayoría, manifiestan el interés por una participación más activa y directa del padre en las labores de crianza; en la práctica, tal intervención, cuando logra irrumpir en la vida familiar, se queda generalmente en el plano de la “colaboración”, en cuanto se continúan concentrando en las mujeres las tareas relacionadas con la educación y las manifestaciones de afecto.

El uso de la palabra como medio de comunicación afectiva, se limita por las dificultades para expresar los sentimientos y pensamientos ante los otros; la comunicación filial se ve así influida por una experiencia de vida anterior en la que el silencio y la ausencia de espacios para opinar y expresar las ideas propias han sido dominantes.

Este estudio permite destacar el lento paso de una socialización cifrada en el castigo y la represión hacia una socialización basada en el diálogo y la comunicación. Lento, porque en las actitudes frente al castigo se hacen evidentes las mayores ambivalencias en los procesos de crianza. Como se demostró en el capítulo segundo, una amplia proporción de las mujeres entrevistadas experimentaron en su infancia diversas formas de maltrato, rechazadas en la vida adulta, por ser recuerdos ingratos que reviven el dolor y la humillación. Al mismo tiempo, el maltrato y el castigo son valorados positivamente porque se consideran importantes para su formación actual. De esta manera, se reproducen un discurso y una práctica cotidiana en las que coexisten el rechazo y la aceptación del modelo represivo. Tal es el caso del pensamiento expresado en el epígrafe de este subtítulo que pone en evidencia la reproducción de la agresión en el trato con los hijos, seguida de sentimientos de culpa que incluyen el arrepentimiento y la búsqueda de compensaciones para resarcir lo que racionalmente se considera un error. Al

departir con las mujeres en períodos más amplios que el de una entrevista, o al indagar acerca de reacciones concretas ante desobediencias, mentiras o peleas entre hermanos, se identifica la persistencia de reacciones violentas que van desde expresiones gestuales que denotan sentimientos de rabia, desprecio, indiferencia o amenaza, hasta castigos físicos como cachetadas, empujones, golpizas, encierros y quemadas de manos.

La comunicación se rige por las jerarquías definidas en la familia y por las concepciones autoritarias dominantes. Las reacciones violentas ocurren cuando los hijos controvierten o trasgreden los intereses y aspiraciones de los padres o madres, o cuando se altera la situación emocional de la madre. Es frecuente escuchar a los hijos decir, “con mi mamá no se puede hablar cuando está brava”, o a las madres recordar las veces que castigaron a sus hijos porque estaban tristes, por haber tenido problemas en el trabajo o cuando tenían conflictos en la relación de pareja. Agudizan estas contradicciones los problemas económicos, el cansancio por las largas jornadas laborales y la acumulación del trabajo doméstico, como se puede observar en los relatos.

Entre las dificultades para el diálogo se encuentran también las concepciones de “eficacia inmediata” implícitas en una visión de corto plazo sobre los efectos de la comunicación. Se observa un alto aprecio por los efectos del “temor” como medio para lograr la obediencia. Por ejemplo, los padres prefieren recomendar a los maestros de la escuela hacer uso del castigo para lograr un aprendizaje efectivo. El miedo se convierte entonces en un resultado más práctico que el estímulo y la motivación, porque el efecto de estos últimos es más lento y ‘no se ve’.

Al mismo tiempo, las prácticas represivas son resultado de miedos pre-existentes en la conciencia de las madres; por ejemplo, miedo a lo que dirá el esposo cuando llegue y vea lo que sus hijos hicieron, miedo a que éste se ofusque porque hacen ruido, para solo mencionar dos situaciones. La valoración por las prácticas represivas está presente también cuando la madre se refugia en la autoridad paterna para amenazar a sus hijos e hijas:

“Le voy a decir a su papá para que le pegue” o “espérese a que llegue su papá y verá”

o cuando al informar al padre sobre problemas de los hijos cohonesto el castigo físico o lo propicia. Tales contradicciones son producto del peso que sobre el presente ejercen las huellas dejadas en el inconsciente por una historia que aflora como motor del quehacer cotidiano.

Ante la educación autoritaria se va abriendo paso una tendencia hacia lo que podría llamarse el predominio de la razón y el afecto sobre la fuerza y la brutalidad, que lleva consigo la construcción de espacios para el uso de la

palabra, la tolerancia y la reciprocidad en el seno de la vida familiar. Afirmaciones como:

“ya los tiempos han cambiado, ya no tiene uno el corazón de darles como le daban a uno antes”

y el alto grado de valoración conferido a talleres de reflexión en los que se insinúan prácticas educativas basadas en la ternura, el intercambio de opiniones y la sustentación de las ideas, constituyen prueba de una apertura hacia un tipo de educación más democrática. De esta manera se crean condiciones para romper la cadena de violencia intrafamiliar, que requiere refuerzos tanto en el núcleo familiar como en la escuela y la comunidad.

En las concepciones y vivencias ante los intereses lúdicos de hijas e hijos se expresan con mayor intensidad los procesos de cambio con respecto a las generaciones precedentes. Este grupo de mujeres comienza a apreciar el tiempo libre de la infancia y a construir actitudes positivas hacia el juego, al considerarlo una alternativa necesaria a su proceso educativo.

Ahora la niñez se constituye en un personaje central para la celebración de ciertos eventos, programados como espacios de recreación y esparcimiento: La fiesta de los niños, que nace como celebración mundial del “halloween” y ha tomado particulares formas al encontrarse con otras realidades socioculturales, la fiesta de navidad o el cumpleaños, en las cuales está presente la expectativa por el regalo a pesar de las restricciones económicas. Ello contrasta con la ausencia de celebraciones especiales para la infancia cuando las madres fueron niñas, las cuales se concentraban casi exclusivamente en la Primera Comunión.

Cabe señalar que en la cotidianidad, el juego constituye una de las esferas en las cuales se reproduce con mayor intensidad la división sexual de roles. Las niñas pueden jugar si han realizado los oficios domésticos y atendido las responsabilidades educativas. Para ellas el juego en la calle continúa siendo prohibido o en los mejores casos restringido, y aunque la inseguridad reinante ha generado limitaciones para el uso de los espacios públicos por parte de los niños, se mantienen ante éstos criterios más laxos y permisivos.

Como las historias vitales de este grupo de mujeres registraron intensas restricciones para el juego durante su proceso socializador, son escasas las posibilidades de compartir en la práctica el juego con sus hijas e hijos, así en el discurso defiendan su importancia.

La educación sexual de la prole empieza a abrirse paso en medio del temor y la indecisión: Los conflictos, contradicciones y valores presentes en las vivencias de este grupo de mujeres con respecto a su sexualidad infantil y adulta, expuestos en los capítulos precedentes, son un referente obligado para analizar los discursos y prácticas referidos a la educación sexual de las nuevas generaciones.

Aunque son constantes el interés y la preocupación de las madres por la sexualidad de su prole, sus comportamientos y actitudes ante sus cuerpos, ante las preguntas sobre las relaciones heterosexuales demuestran grandes dificultades para expresar sin temores su sentir y su pensar sobre ellas.

Las experiencias personales, los miedos y los tabúes que se interiorizan en la infancia y se reproducen en la vida adulta determinan una opción por el silencio, ante las inquietudes sexuales de la prole, como se observa en los relatos. Asumir la sexualidad como tema de conversación con los hijos e hijas genera temor e inseguridad, porque para ellas continúa siendo misteriosa; se sienten carentes de conocimientos sobre sexo, porque consideran que cuando se habla de la vida sexual se transgreden principios morales o criterios valorativos, o porque afirman que la sexualidad no hay que enseñarla, pues se aprende con la vida misma.

Al mismo tiempo, la educación sexual se considera necesaria e importante, aliviando el significado de proveerles información oportuna, aunque prefiriendo que sean los maestros en la escuela, la televisión o profesionales especializados los proveedores de la información. Los relatos indican la voluntad de algunas mujeres para enfrentar los fantasmas que han rodeado la educación sexual de la infancia.

Aunque fue constante en las entrevistas afirmar que hoy no existen diferencias en el trato y en la educación que se da a las hijas y a los hijos, las prácticas cotidianas denotan una tendencia a mantener y reproducir criterios diferentes frente a los deberes y derechos sexuales de cada género. Por ejemplo, se reprime o se coarta la cercanía física entre niños y niñas, las manifestaciones afectivas -caricias, besos, juegos de manos- entre ellos. Las prácticas de masturbación o los sencillos movimientos de reconocimiento de su propio cuerpo, son motivo de grandes preocupaciones para este grupo de madres y ante aquellas se producen reacciones que van desde la prohibición y la sanción verbal que generan vergüenza y temor, hasta los castigos físicos como el golpe en las manos o la inmersión en agua fría. La represión del auto-erotismo de las hijas mujeres es mayor, pues se considera como una expresión de tendencias 'nocivas' o 'malignas': una mujer, al referirse a una niña que se tocaba los genitales frecuentemente, afirmaba:

“si no se le controla, seguro que va a andar por malos pasos”

y aunque el autoerotismo de los hijos varones conlleva intensas amenazas de castración, los comentarios al respecto son indicativos de una valoración positiva, al calificar a los niños como 'pícaros' o 'chivatos' o al afirmar que

“empezaron a entrenarse muy pronto” o “son muy precoces”

En los permisos y prohibiciones se expresa también una valoración diferenciada de lo masculino y lo femenino: se permiten a los niños juegos

que los preparen para “hacerse más hombres” desarrollando la fuerza y la agresión. En las niñas se estimulan juegos que las habiliten para la maternidad, la crianza y la vida doméstica. Tales diferencias se agudizan con hijos e hijas adolescentes, en cuanto a los hombres se les autoriza para salir solos, llegar más tarde a casa, reunirse con sus amigos, es decir, para construir sus propios espacios y sus tiempos, mientras a las mujeres se les restringe en esos mismos aspectos. Se aprecia en todo ello una tendencia a mantener y reproducir una educación en los adolescentes hombres para el ejercicio de la sexualidad y en las adolescentes mujeres para la represión y el control de la misma, incentivando una moralidad sexual discriminatoria.

Las funciones asignadas a la prole en la familia, las orientaciones que la madre les traza respecto a su inserción en la vida social, son ambivalentes entre los deseos de disminuir la división sexual de roles y las prácticas cotidianas que la sostienen. La mayor parte de las mujeres expresan su interés por una educación igual para sus hijos varones y sus hijas mujeres, por lograr que los varones compartan responsabilidades en el trabajo doméstico. Pese a ello, en la cotidianidad se continúa asumiendo que las labores domésticas son una obligación, un deber de las hijas y una colaboración, un apoyo, de los hijos; a ellas se les imponen, a ellos se les sugieren.

La educación formal es la expectativa reiterada con mayor énfasis por las mujeres de sectores populares para sus sucesores, con la confianza en que adquirir conocimientos les permitirá mejores condiciones de vida en la etapa adulta. Si bien este deseo se va haciendo realidad en lo que respecta a la educación primaria, a medida que se asciende en la pirámide educativa se va truncando, principalmente por las presiones económicas de las familias y por el aumento en los costos educativos. Los varones van vinculándose a las actividades desempeñadas tradicionalmente por sus padres o parientes del mismo género, y las hijas participan en trabajos domésticos o en actividades tradicionalmente realizadas por sus madres o parientas.

Por último, es necesario destacar cómo con frecuencia, las hijas adolescentes también inician su unión marital muy jóvenes, repitiendo el ciclo vital de sus madres. Esto constituye un fracaso para ambas respecto a las expectativas que tenían acerca de su estudio y status, pero al final lo toleran. La madre asume un comportamiento solidario al reconocer una historia que tiende a repetirse, manteniendo la esperanza de un cambio en la generación posterior.

Las funciones socializadoras de la madre se cumplen dentro de una dinámica de confrontación entre los cónyuges acerca de los deseos, aspiraciones, acciones y valores frente al quehacer cotidiano con su progenie. De acuerdo a las condiciones particulares de la relación de pareja, se resuelven tales confrontaciones mediante la negociación, el intercambio de ideas o las

imposiciones trazadas por uno de ellos. Al considerar que nadie educa a nadie con lo que dice, sino con lo que es y con lo que hace, se relievra que los quehaceres cotidianos de la madre, sus actitudes, sus gestos, sus sentimientos, la relación con su compañero, y su propio desempeño laboral, doméstico y comunitario, constituyen prácticas socializadoras por excelencia. La relación con la prole transcurre entre el mantenimiento de unos valores imperantes y exigidos por la sociedad con respecto a las funciones asignadas a cada género y el deseo de transformarlos.

Las condiciones de cambio y de crisis presentes en el final de este siglo ponen en cuestión los rigores de las prácticas socializadoras de otras épocas. Al mismo tiempo, se van abriendo posibilidades para reflexionar sobre el significado de la socialización que allanen la construcción de una conciencia sobre las necesidades y potencialidades de la infancia, la adolescencia y la juventud. Se crean también nuevos espacios para que la niñez de los sectores populares pueda reconocerse como tal y no como adultez temprana característica de la infancia de sus progenitores.

Mientras que la socialización para el sufrimiento ha sido una base para el conformismo, la dominación, la subordinación y el predominio de la fuerza sobre la razón, gestando un temor que inmoviliza, la democratización de los procesos socializadores permitirá ir rompiendo algunas de esas redes imperceptibles que sustentan la violencia, mediante la tolerancia, el diálogo y el respeto mutuo que fundamentan el reconocimiento de niños y niñas como sujetos de su propia historia y de la historia del mundo.

En esta época tan contradictoria es necesario dar una mirada optimista a los cambios silenciosos pero profundos que se están llevando a cabo al reconocerse los derechos de niños y niñas en el lugar más íntimo de la cotidianidad. Ellos constituyen pasos sólidos que dan los sectores populares para romper con esa cadena de una socialización para el sufrimiento, el abandono y la indiferencia. Nuevas actitudes que van incidiendo en la construcción de una sociedad menos violenta.